

Dictadura y democracia en el siglo XX

Juan P. Fusi Aizpurúa

Universidad Complutense

El filósofo británico Bertrand Russell escribió en 1952 al hacer un balance de sus ochenta años: «En mi juventud -había nacido en 1872- nadie ponía en duda el optimismo victoriano. Se pensaba que la libertad y la prosperidad se extenderían gradualmente por todo el mundo; se esperaba -añadía- que la crueldad, la tiranía y la injusticia irían disminuyendo de manera continua» ¹. En efecto, a principios de siglo los ideales de libertad y democracia aparecían asociados a la idea de progreso, convertida según el historiador John B. Bury, autor en 1920 de la obra clásica sobre tal idea, en «artículo de fe para la humanidad» desde las décadas de 1870 y 1880 ².

Claro que la vida política europea - y la norteamericana- distaban aún de ser plenamente democráticas. Rusia, por ejemplo, era en 1900 un imperio autocrático; Alemania y Austria-Hungría, aun disponiendo de constitución, libertades, elecciones y Parlamento, eran imperios conservadores, con gobiernos designados por la Corona y no plenamente parlamentarios. Aunque el sufragio universal masculino había sido introducido en un número significativo de países, el sufragio femenino no empezó a ser adoptado en Europa hasta 1906, en que fue aprobado en Finlandia (pero incluso países como Francia, Bélgica e Italia no lo concedieron hasta después de la Segunda Guerra Mundial). La edad electoral era por lo general alta. Muchos países -Francia, Italia, España, Dinamarca, Suecia, por ejemplo- disponían de una segunda Cámara

¹ B. RUSSELL, *Retratos de memoria y otros ensayos*, Madrid, 1960, p. 57.

² John B. BURY, *La idea del progreso*, Madrid, Alianza Editorial, 1971, p. 309.

que primaba la representación o censitaria o indirecta (la Cámara de los Lores británica era hereditaria). Los censos electorales eran imperfectos. En muchos países, las formas tradicionales de clientelismo político —lo que en España se llamó caciquismo— seguían de hecho suplantando al voto popular. En los Estados Unidos, la población de color fue siendo gradualmente privada de sus derechos civiles en los Estados del Sur desde 1870; la corrupción política era endémica en todo el país. Pero, con todo, el principio de que el poder político debía derivarse de la voluntad popular manifestada en elecciones periódicas y estructurarse en gobiernos parlamentarios presididos por un primer ministro salido de la mayoría parlamentaria constituía en 1900-1914 un principio casi indiscutible de la política europea y, con las variables propias de su sistema republicano y presidencialista, de la norteamericana³.

En ese contexto, la aparición de las masas en la vida pública, un hecho que cristalizó en las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX, y que supuso electorados ampliados, opinión pública articulada, prensa moderna, partidos populares, sindicatos, crecimiento del Estado, de sus servicios y de la burocracia, cambió la política. De una parte, potenció las posibilidades democráticas implícitas en los supuestos del liberalismo europeo (y de la democracia americana); de otra, conllevó la irrupción de ideologías y mitos colectivos, *ilusiones universales*, como las llamó Gaetano Mosca (nacionalismo, socialismo, anarcosindicalismo, comunismo fascismo, etc.), y propició, además, en todas partes una amplia movilización política y social de la opinión, una polarización sin precedentes de la vida pública e incluso el estallido de manifestaciones de irracionalismo colectivo previamente desconocidas. O dicho de otro modo: la evolución hacia formas más democráticas de participación y organización políticas no siguió más que excepcionalmente aquel *ordenado proceso de desarrollo* en que, según Russell, se creía mayoritariamente hacia los años ochenta y noventa del siglo XIX; el cambio sería tal que en los años treinta del XX, se diría —en seguida lo veremos— lo contrario: que lejos de avanzar hacia la democracia, el mundo había entrado en la era de las dictaduras.

³ Amo J. MAYER, *The Persistence of the old Regime: Europe to the Great War*, Pantheon Books, 1981.

el influyente y notable politólogo alemán, escribió en 1921 un ensayo titulado, precisamente, *La Dictadura*, en el que definía ésta como una supresión del orden jurídico no arbitraria ni caprichosa, sino necesaria o para la posterior restauración de aquel orden o para la creación de un orden nuevo, probablemente porque, como argumentaría en otros escritos de los mismos años, pensaba (y lo pensaban muchos observadores contemporáneos suyos) que el parlamentarismo empezaba a resultar incapaz para regular los graves conflictos de intereses y de poder que definían a las sociedades de masas 5.

En cualquier caso, pese a que aún el final de la Primera Guerra Mundial -desaparición de imperios históricos, creación de repúblicas democráticas, nuevo orden internacional sobre la base de una comunidad de naciones- fue visto como el triunfo de la democracia, el avance de la dictadura fue evidente. En 1936 el historiador francés Élie Halévy (1870-1937) pudo escribir -ya se hizo referencia indirecta a ello más arriba- que el mundo había entrado irreversiblemente en *la era de las tiranías*. Incluso fechó su nacimiento en agosto de 1914, en la Primera Guerra Mundial. Su tesis era que la naturaleza ambigua de las ideas socialistas modernas más el avance del poder del Estado durante la guerra habían hecho que individualismo y liberalismo no fueran ya, en casi ninguna parte, la base de la legitimidad del poder. Antes, en unas conocidas conferencias que pronunció en Oxford en 1926, había ya individualizado las fuerzas colectivas que, en su opinión, habían conducido a la catástrofe: el nacionalismo había trabajado para la guerra; el socialismo, para la revolución. Guerra y revolución habían convergido en la crisis mundial de 1914-1918, y de ella habían nacido precisamente los fascismos y comunismos que configuraban la era de las tiranías 6.

La tesis -ciertamente sugestiva- era, en algún sentido, arbitraria y errónea. Era cierto que entre 1880 y 1914 Europa y los Estados Unidos conocieron grandes y violentas huelgas, y con ellas, la aparición y desarrollo de sindicatos e ideologías obreristas, y Europa, además, el ascenso electoral de los partidos socialistas. Ello provocó ciertamente la transformación del Estado, que en todas partes fue asumiendo como respuesta al malestar laboral amplias y crecientes responsabilidades

5 Una edición reciente en español: Carl SCHMITI, *La dictadura*, Madrid, Alianza Universidad, 1985.

6 Élie HALÉVY, *L'ère des tyrannies. Études sur le socialisme et la guerre*, Gallimard, 1990. El libro se publicó en 1938.

en materia de legislación y servicios sociales. Las exigencias de la guerra mundial reforzaron, además, el intervencionismo estatal. El Estado, en suma, empezaba a absorber a la sociedad civil, como bien viera Halévy. El propio Carl Schmitt habló ya de Estado total en su libro *El concepto de lo político*, que publicó en 1927. Pero el Estado total podía ser también –y de hecho así iba a serlo en muchos países– Estado social de derecho. Y los socialistas, aun manteniendo por lo general programas y manifiestos maximalistas incluso hasta después de la Segunda Guerra Mundial, optaron prácticamente en todas partes por la participación electoral, el gradualismo reformista y el abandono de posiciones estrictamente revolucionarias. El laborismo británico ni siquiera se planteó la opción: nació ya como un movimiento reformista, pragmático y parlamentario. Contrariamente, pues, a lo que argumentó Halévy, el socialismo fue una fuerza que trabajaba para la democracia ⁷.

Pero la tesis del historiador francés era en buena medida convincente y válida. En efecto, fue también entre 1880 y 1914 cuando el nacionalismo –que en la primera mitad del siglo XIX había estado asociado a las ideas del liberalismo pero que ya desde entonces había contribuido decisivamente a cambiar el mapa de Europa– cristalizó como principal factor de desestabilización de la política europea e internacional. Por lo menos en tres sentidos: 1) como ideología y movimiento político de oposición radical al sistema liberal y parlamentario, en nombre del Estado, de la nación o del pueblo (o de todos ellos a la vez), y en defensa de principios tradicionales y orgánicos (la comunidad, la raza, la religión, la familia), principios que alentaban, en Francia, en el nacionalismo de Maurras y *Acción Francesa*, en Italia, en el nacionalismo proto-fascista de D'Annunzio, Corradini y los futuristas, y en Alemania, en el nacionalismo pangermanista, biológico y antisemita de Wagner, Treitschke, Stoecker, H. S. Chamberlain y de las numerosas ligas y sociedades nacionalistas surgidas a fines del XIX; 2) como factor de inestabilidad y disgregación política de Estados o imperios unitarios; 3) como causa de tensiones y conflictos internacionales. El nacionalismo de la derecha erosionó la legitimidad de la III República francesa y de la Monarquía liberal en Italia. Alimentó el revanchismo antialemán francés y el irredentismo anti-austriaco italiano. El nacionalismo alemán inspiró la *política mundial* que Alemania proclamó desde la década

⁷ Jacques DROZ, *Historia general del socialismo*, Barcelona, 1979-1982, y Donald SASSOON, *One Hundred Years Of Socialism The West European Left in the Twentieth Century*, Fontana, 1997.

de 1890, uno de los factores desencadenantes de la Primera Guerra Mundial. El problema de las nacionalidades hizo inviable el Imperio austro-húngaro y creó en aquella región -en los Balcanes concretamente- las tensiones que llevarían a Europa a la guerra en agosto de 1914⁸.

Además, algunas ideologías obreristas y revolucionarias eran o ambiguas y contradictorias o decididamente antidemocráticas. En 1902, Lenin, entonces un exiliado desconocido militante del Partido Socialdemócrata ruso, escribió un folleto, *¿Qué hacer?*, en el que, además de denunciar con extremada violencia polémica las tesis reformistas del socialismo, esbozaba una nueva propuesta revolucionaria: la teoría del partido como vanguardia de la revolución, que cifraba la clave del éxito revolucionario en la concepción del partido como un pequeño grupo de activistas profesionales, como una organización centralizada, rígida y disciplinada que excluía, por tanto, la idea de un partido democrático y abierto a las masas. En 1908, el ensayista francés Georges Sorel (1842-1922), un ingeniero de caminos que, al jubilarse con cincuenta años, se hizo socialista y se interesó por el marxismo, publicó *Reflexiones sobre la violencia*, un largo ensayo sobre la lucha de clases que era una verdadera diatriba contra el gradualismo del socialismo parlamentario -encarnado en Francia por Jean Jaurés- y contra el reformismo y contra el humanitarismo ilustrado, y que exaltaba la fuerza de los mitos y de las ideas y la violencia proletaria como una nueva moral de libertad, en la que el sindicalismo revolucionario se revelaba como la nueva virtud o religión que sostendría a la humanidad, y la huelga general como el gran *mito* del proletariado⁹.

La teoría leninista del partido revolucionario, por tanto, implicaba el riesgo -a largo plazo, en el supuesto de producirse la conquista revolucionaria del poder- de que el socialismo cristalizara en la dictadura del partido así concebido. Las ideas sorelianas, por su parte, eran una apelación a la acción y al heroísmo, a los sentimientos emocionales e irracionalistas de las masas, una declaración de oposición radical al Estado liberal. En Francia, esas ideas atrajeron más -y ello ya fue significativo- a los jóvenes nacionalistas de Acción Francesa que a los trabajadores de los sindicatos revolucionarios. Pero en Italia -donde Sorel fue ampliamente leído- interesaron sobre todo a diri-

⁸ Eric J. HOBBSBAWN, *Naciones y nacionalismo desde 1870*, Barcelona, 1991.

⁹ *¿Qué hacer?* y *Reflexiones sobre la violencia* han sido reeditadas continuamente en todos los idiomas; existen, pues, muchas ediciones.

gentes sindicalistas -**como** Arturo Labriola o Sergio Panunzio-, que habían hecho suyos los argumentos nacionalistas que definían a Italia como *nación proletaria*, la tesis de Enrico Corradini. La posibilidad, por tanto, de una confluencia nacional-sindicalista existió desde entonces: que por las mismas fechas, 1910-1914, basculara ya hacia ella alguien como Benito Mussolini -**entonces** uno de los dirigentes de la izquierda socialista- no era sorprendente. Mussolini, que siempre reconoció una cierta deuda intelectual con Sorel, se había situado en posiciones muy próximas a las del sindicalismo revolucionario, condenando el reformismo y defendiendo el espontaneísmo revolucionario de las masas, la autonomía sindical y aun la huelga general revolucionaria ¹⁰.

En suma, la posibilidad de una desviación totalitaria del socialismo existía ya -**yen** ese sentido, Halévy volvía a llevar **razón**- antes de 1914. Masas, ilusiones universales (nacionalismo, socialismo, sindicalismo revolucionario), y luego, a partir de 1914, guerra y revolución provocaron la crisis del liberalismo. Lo que el filósofo italiano Benedetto Croce dijo sobre Italia -**que** hacia 1914 el liberalismo era, en todo caso, un sistema, un régimen, pero había dejado de ser un ideal, una emoción- podía, pues, extenderse a toda Europa ¹¹.

2. La debilidad de la democracia

El auge de las dictaduras fue favorecido, desde luego, por la crisis histórica general -**esto** es, crisis social y crisis moral- que provocó la Primera Guerra Mundial, tal vez, como estamos viendo, el mayor cataclismo político del siglo XX. La guerra, en efecto, cambió el clima moral de Europa. Creó o confirmó la tesis de la decadencia de Occidente (por utilizar el título de la obra de Spengler, aparecida precisamente en 1918). Exaltó los valores de la violencia y del militarismo; generó en los países o derrotados o insatisfechos con los acuerdos de paz de 1919 un nacionalismo exacerbado, asociado, en general, al tipo social nuevo del ex combatiente (varias decenas de millones); debilitó

¹⁰ Véase F. PERFETI, *Il nazionalismo italiano. Dalle origini all'asimilazione col fascismo*, Bologna, 1997, y Z. STERNHELL con Mario SZNAJDER y Maia ASHERI, *The Birth of Fascist Ideology*, Princeton, 1994.

¹¹ B. CROCE, *Storia d'Italia dal 1871 al 1915*, Laterza, 1967; el libro se publicó originalmente en 1928.

las creencias religiosas y generó una nueva visión de la vida como placer y consumo, una moral permisiva y «alocada» (se habló de los *años locos*) que fue interpretada como la cristalización de una desmoralización colectiva que parecía amenazar los valores tradicionales y las convenciones sociales que habían dado hasta entonces cohesión y sentido al orden social ¹². «Muchas gentes -escribió Ortega y Gasset, excelente clave para calibrar la vida europea de la época al presentar en julio de 1923 la *Revista de Occidente*- comienzan a sentir la penosa impresión de ver su existencia invadida por el caos.» Él lo atribuiría, en su muy difundido ensayo *La rebelión de las masas*, de 1930, a la aparición del hombre-masa, que había entronizado la vulgaridad política y propiciado que Europa se hubiese quedado sin moral; Freud (en *El futuro de una ilusión*, 1927, y en *El malestar de la cultura*, 1929), a la neurosis colectiva provocada porque la humanidad había descubierto su capacidad para autodestruirse.

La guerra, además, trastocó toda la economía mundial. Todas las economías de posguerra tuvieron así que hacer frente a fuertes crisis inflacionarias -Alemania fue el caso extremo- y a una acusada inestabilidad monetaria. Hasta 1924 no fue posible ni restablecer la estabilidad económica ni relanzar la producción y el comercio internacionales. Los años 1919-1922 fueron en toda Europa y en los Estados Unidos años de intensa agitación laboral ¹³.

La Guerra Mundial provocó, en definitiva, el clima que favoreció el triunfo del totalitarismo. Rusia, por ejemplo, no estaba en 1914 en una situación revolucionaria. El régimen zarista cayó no como consecuencia del avance revolucionario, sino del efecto devastador que tuvieron las derrotas militares del país en la guerra: sólo entre agosto de 1914 y diciembre de 1916 murieron más de dos millones de soldados rusos y Rusia perdió Polonia, Lituania y gran parte de Ucrania. Pero la misma *revolución de febrero* de 1917 -que puso fin al zarismo- fracasó, entre otras causas, por la misma razón: porque ninguno de los gobiernos que se sucedieron al frente del país entre febrero y octubre de ese año se decidió a sacar a Rusia de la guerra ¹⁴. En Italia, por

¹² Iay WINTER, *Sites Of Memory. Sites Of Mourning. The Great War in European Cultural History*, Cambridge, 1996, y Paul FUSSELL, *The Great War and Modern Memory*, Oxford, 1975.

¹³ Derek A. AUXNORR, *De Versailles a Wall Street, 1919-1929*, Barcelona, 1983.

¹⁴ Orlando FIGES, *A People's Tragedy. The Russian Revolution, 1891-1924*, Londres, 1996.

citar otro ejemplo, la guerra creó una atmósfera de verdadera exaltación nacionalista, reforzada en la posguerra por la decepción que produjo que en Versalles no se atendieran todas las reivindicaciones irredentistas del país (como Fiume, por aludir al caso más ruidoso). Provocó, además, como en todas partes, una grave crisis económica y una intensa agitación social que culminó en el episodio de la ocupación por los trabajadores de las fábricas metalúrgicas del norte en septiembre de 1920; finalmente, la guerra rompió el viejo equilibrio político y precipitó a Italia en una etapa de gran inestabilidad, definida por el avance de los partidos de masas (Partido Popular Italiano, creado en 1919, y Partido Socialista Italiano). La guerra, pues, preparó el camino para el fascismo ¹⁵.

Las nuevas democracias del centro y este de Europa, creadas en 1919 -Alemania, Austria, Hungría, Checoslovaquia, Polonia, los países bálticos, Finlandia, el reino yugoeslavo- nacieron condicionadas por una durísima herencia: gravísimos daños materiales, formidables desajustes económicos, problemas de tipo étnico, conflictos fronterizos. Fue en Alemania donde la debilidad de la nueva democracia de la posguerra se hizo más evidente. La República de Weimar, el régimen que reemplazó al viejo Imperio alemán, padeció de una doble ilegitimidad de origen. Para la extrema izquierda, que desencadenó varios intentos insurreccionales entre diciembre de 1918 y abril de 1919, y luego en marzo de 1920 y aun en octubre de 1923, la República representó la derrota de la revolución; para la extrema derecha, la traición nacional, la aceptación del humillante Tratado de Versalles (el 13 de marzo de 1920 hubo un primer conato de golpe monárquico en Berlín). La República de Weimar fue un régimen políticamente débil (gobiernos de coalición, gran inestabilidad gubernamental). El partido socialista, primer partido del país y eje de la República, hubo de apoyarse para gobernar -y lo hizo desde 1919 hasta 1930- en partidos del centro o de la derecha moderada. Gobernó así haciendo concesiones. Ni el ejército ni la justicia, por ejemplo, pudieron ser reformados. Más aún, el régimen de Weimar tuvo que apoyarse en un ejército mayoritariamente conservador y ajeno a los valores democráticos del nuevo orden político. La crisis económica de la posguerra se agravó por la cuestión del pago de las reparaciones de guerra. Francia y Bélgica ocuparon por ese motivo el Rhur en enero de 1923. Todo ello terminó por provocar el primer proceso hiperinflacionista de la historia: el daño político y social causado así a la

¹⁵ A. LYTILETON, *The Seizure of Power: Fascism in Italy, 1919-1929*, Nueva York, 1973.

nueva democracia alemana fue irreversible. La ultraderecha, liderada ya por Hitler y los nazis, intentó promover desde Munich un golpe contra la República en noviembre de 1923. El *putsch de la cerveza*, nombre que se dio a aquel episodio, fracasó, pero fue significativo y premonitorio ¹⁶.

3. La democracia anglosajona

Pero el triunfo de las dictaduras distó mucho de ser inevitable. La clave estuvo -como se verá en seguida, al estudiar los casos de los Estados Unidos y Gran Bretaña- en la capacidad de adaptación de los distintos sistemas políticos a la irrupción de las masas en la vida pública y en su capacidad de respuesta a los nuevos desafíos surgidos de la guerra. En ello fueron determinantes el prestigio histórico y el enraizamiento social de las instituciones respectivas, la naturaleza de las distintas tradiciones y culturas políticas y hasta la propia calidad del liderazgo político. La democracia prevaleció mejor en los países en los que existían instituciones sólidas y flexibles -Monarquía, Presidencia de la República, Parlamento, gobiernos locales, sistema judicial, etc.- y arraigadas en la vida social, y donde, por razones históricas, el parlamentarismo liberal —o en el caso norteamericano, la democracia- constituía la esencia misma de la cultura política; fracasó, en cambio, donde eso no era así, esto es, en países de tradición autocrática, donde el liberalismo y las instituciones parlamentarias o fueron históricamente débiles o no enraizaron en la sociedad, o donde otras ideas políticas -por ejemplo, el nacionalismo- tuvieron más tradición y mayor vigencia.

En cualquier caso, factores y circunstancias de orden inmediato y hasta accidental también contaron. Probablemente el zarismo no habría caído si hubiese prosperado alguna de las distintas ofensivas que sus ejércitos lanzaron en 1916. La revolución de febrero, en la misma Rusia, fracasó no sólo por la continuidad en la guerra, sino, además, por la falta de gobiernos fuertes y decididos. El mismo triunfo de los bolcheviques, ya en octubre de 1917, no fue automático: sólo se consolidó tras la victoria del ejército Rojo en la guerra (o guerras) que asolaron el país entre 1917 y 1921. En Italia el fascismo sólo tenía 35 diputados

¹⁶ A. J. NICHOLLS, *Weimar and the Rise Of Hitler*, Londres, 1968, y R. KÜHNLE, *La República de Weimar*, Valencia, 1991.

(en una Cámara de 535) cuando llegó al poder, en octubre de 1922. Católicos (PPI) y socialistas (PSI) fueron, con 108 y 123 escaños respectivamente, los grandes ganadores de las elecciones de mayo de 1921, las últimas que se celebraron antes del triunfo del fascismo. El enfrentamiento entre ambos partidos hizo imposible que gobernaran en coalición. El PPI hizo, además, fracasar algunas de las fórmulas de gobierno que en 1921-1922 aún le quedaban al régimen liberal. Peor todavía, el PSI se autoexcluyó de cualquier combinación gubernamental. Más aún, el fascismo llegó al poder no mediante la conquista revolucionaria del mismo, sino como resultado de oscuras combinaciones políticas y aun de intrigas palaciegas. Mussolini, además, gobernó inicialmente en coalición: no procedió a la creación de un régimen verdaderamente fascista hasta 1925. La crisis creada por el asesinato del líder de la oposición, Matteotti, le tuvo en 1924 al borde de la dimisión. En Alemania, la República de Weimar pareció consolidarse durante los años de prosperidad que el país vivió entre 1924 y 1929. La crisis que estalló a partir de octubre de ese último año provocó, ciertamente, el espectacular ascenso electoral de los nazis, que en 1932 se convirtieron en el primer partido del país. Hitler llegó al poder —es cierto— merced al apoyo popular que él y su partido supieron conquistar. Pero les favorecieron otras circunstancias: la salida de los socialistas del gobierno en 1930, las maniobras del Presidente Hindenburg y de su camarilla y la obsesión antisocialista de los comunistas, que impidió la unidad de la izquierda (cuyo apoyo electoral conjunto era, en noviembre de 1932, superior al de los nazis) ¹⁷.

Tales factores y circunstancias distan mucho de ser irrelevantes. Inducen a pensar que la democracia pudo haber prevalecido incluso en los países en los que los efectos de la Guerra Mundial y de la crisis de la posguerra parecieron ser más graves. Los casos de los Estados Unidos y de Gran Bretaña —donde la democracia ni siquiera fue puesta en cuestión— resultan por ello, como decía, especialmente reveladores.

La estabilidad de la democracia norteamericana —un país marcado desde la década de los años ochenta del siglo XIX por formidables contradicciones: discriminación racial, violentísimas confrontaciones huelguísticas, corrupción política y municipal flagrantes, poder creciente de *trusts* y monopolios, grandes bolsas de pobreza— se debió fun-

¹⁷ Véase la bibliografía citada en notas 14, 15 y 16.

damentalmente al prestigio de la Constitución y del Tribunal Supremo, al pluralismo esencial de la sociedad norteamericana, verdadero *crisol* de inmigrantes, a las comparativamente inmensas posibilidades de movilidad social que el país ofrecía y al mismo dinamismo de la sociedad civil para asumir e impulsar reformas de carácter social y moral. Porque, en efecto, los Estados Unidos vivieron entre 1900 y 1920 una verdadera *era progresiva* en la que, a impulsos de un amplio movimiento reformista -cuyos motores fueron el periodismo de investigación y las instituciones de carácter humanitario- se fue estableciendo un amplio cuerpo legislativo e institucional que, de una parte, se dirigió contra los abusos del desarrollo económico y de la industrialización y contra la corrupción política (sobornos, concesiones fraudulentas de contratos a empresas y particulares, etc.), y de otra, quiso regular de forma ordenada la vida social, tanto por lo que se refirió a las relaciones laborales y a la igualdad civil (derechos de los negros, reivindicaciones de la mujeres) como, sobre todo, a la vida urbana y sus consecuencias y problemas (higiene colectiva, urbanización, criminalidad, viviendas, alcoholismo, educación, calidad de los alimentos, delincuencia y un largo etcétera).

Ello terminó por afectar a la vida política. Dos presidentes, Theodore Roosevelt y Woodrow Wilson, asumieron bastantes de las propuestas e iniciativas progresivas -incluso no simpatizando necesariamente con ellas-, y al hacerlo volvieron a transformar la Presidencia en lo que no era desde Lincoln, la institución rectora del país al servicio de los intereses de la nación. La democracia avanzó así considerablemente porque se recuperó una de las piezas esenciales del sistema norteamericano: la idea de que la Presidencia, abierta a cualquier individuo y elegida por el pueblo, era la encarnación de la voluntad general ¹⁸. Ello fue capital. Posibilitó que los Estados Unidos hicieran frente a la crisis de la década de 1930 -la más grave desde la guerra civil de 1861-1864- mediante la reafirmación de los valores democráticos. Lo hicieron no a la europea, sino de acuerdo con la tradición política norteamericana: la clave de la recuperación del país radicó en el liderazgo de un Presidente, Franklin D. Roosevelt (1882-1945), que parecía encarnar las cualidades de dinamismo, energía, optimismo, idealismo

¹⁸ George E. MOWRY, *The Era of Theodore Roosevelt 1900-1912*, Nueva York, 1958, y Arthur S. LINK, *Woodrow Wilson and the Progressive Era 1910-1917*, Nueva York, 1954.

y sentido del destino que se creían definidores de la personalidad y el espíritu del pueblo norteamericano ¹⁹.

La política británica, no obstante el exclusivismo aristocrático de su clase dirigente, se adaptó sin violencia, casi con naturalidad, a la irrupción de las masas en la vía pública -nacionalismo irlandés, laborismo, sindicatos, movimiento sufragista- o La evolución hacia la democracia moderna fue tan ordenada como había sido la evolución liberal en el siglo XIX. Las reformas electorales de los años 1883-1885 ampliaron sensiblemente el electorado, rehicieron los distritos aumentando la representación de las ciudades y castigaron las prácticas ilegales y la corrupción. La larga etapa de gobierno liberal, de 1906 a 1916, introdujo reformas decisivas: pensiones de vejez, un sistema de seguros nacionales de enfermedad y desempleo -éste, único en Europa- y numerosas medidas de carácter social específicas para los distintos sectores del trabajo (marina mercante, minería, etc). Los liberales hicieron, además, una verdadera revolución política: en 1911 vaciaron de todo poder a la Cámara de los Loes, la encarnación de la alta aristocracia británica. Ni las primeras crisis del Imperio, ni la Guerra Mundial, ni la independencia de Irlanda (ya en 1921) alteraron la estabilidad última del país: sencillamente, se transformó el sistema de partidos, y tras la Primera Guerra Mundial, la antigua dualidad conservadores/liberales fue reemplazada por un bipartidismo (imperfecto) de conservadores y laboristas. Todo ello fue posible, en primer lugar, por la estabilidad y prestigio de la Monarquía y del Parlamento, como instituciones capitales de la política británica. Pero también por la propia tradición cultural e ideológica del país: el liberalismo era desde principios del siglo XIX el fundamento de la nacionalidad moderna del pueblo británico (entre otras razones, porque coincidió con su gran desarrollo industrial e imperial); empirismo y pragmatismo impregnaban profundamente el pensamiento y la mentalidad de la mayoría (como probaban la historia de la propia filosofía inglesa o el desarrollo que en Inglaterra tuvo la ciencia económica, casi una invención nacional, o que allí naciese Darwin). Significativamente, no hubo a lo largo de los siglos XIX y XX algo que pudiera llamarse nacionalismo británico (o inglés). El mismo laborismo, el partido creado por los sindicatos, fue ante todo un partido radical, democrático y parlamentario, raramente ocupado en cuestiones doctrinales y que aspiraba a utilizar el Parlamento (y, en su caso,

¹⁹ William D. LENCHTENBURGH. *Franklin D. Roosevelt and the New Deal*, Nueva York, 1963.

el poder) no para la conquista del poder por la clase trabajadora, sino para plantear reformas sociales y políticas. Los laboristas pudieron emerger así como una fuerza de gobierno responsable, prudente y eficaz en los años veinte. Eso tuvo una importancia determinante. De hecho, cambió la política inglesa, transformó la naturaleza y función de los partidos políticos. Fue precisamente en los años veinte cuando el partido conservador dejó de ser el partido de la clase dirigente para convertirse en un partido de sectores de todas las clases británicas (cambio que podría simbolizarse en la designación de Stanley Baldwin, un hombre de costumbres tradicionales y sencillas que significaba la conciliación y el consenso, con preferencia sobre Lord Curzon, como líder del partido en 1924). La respuesta británica a la crisis de 1929 –**Ia** formación de un *gobierno nacional* de laboristas y conservadores– fue para muchos decepcionante. Dividió al partido laborista, que llegó a escindirse, y favoreció a los conservadores. Pero impidió el avance del extremismo político –**ni** comunistas ni fascistas llegaron a alcanzar verdadera significación política– y permitió una relativamente rápida recuperación del país ²⁰.

Pese al auge de las dictaduras, los años veinte y treinta del siglo xx no fueron un desierto democrático. Fue entonces cuando, además de lo dicho, los países escandinavos, Bélgica y Holanda, cristalizaron como democracias modernas. La **III** República francesa fue un régimen débil y sin prestigio, pero fue, al menos, un régimen democrático. Incluso hubo un caso, España, en que una dictadura –**Ia** de Primo de Rivera dio paso a un régimen democrático (la II República, aunque, como es sabido, por poco tiempo). Con todo, la victoria definitiva de la democracia sobre el totalitarismo de la derecha exigiría una nueva y gigantesca Guerra Mundial. Los Estados Unidos y Gran Bretaña fueron en ella los arsenales de la democracia (de ahí la importancia de su estudio). No fue la menor ironía que, en la edad de las masas, Gran Bretaña estuviese dirigida en 1940 por un hombre, Churchill, de cuna aristocrática y altísima posición social, y los Estados Unidos, por un Presidente, Roosevelt, perteneciente a una de las familias más distinguidas del patriciado neoyorkino.

²⁰ Una excelente introducción a la historia británica del siglo xx en Peter CLARKE, *Hope and G/ory. Britain 1900-1990*, Penguin Books, 1996.